



El extraño caso de la madre abogada

Dani Torrent

Calligraf

**El extraño caso
de la madre abogada**

Dani Torrent

Edicions Cal·lígraf
Figueres, 2015

Primera edición — mayo 2015

Publicación

Edicions Cal·lígraf, SL
Monturiol, 2, 1er 1a
17600 Figueres
Tel. (0034) 615 261 764
www.edicionscalligraf.com
info@edicionscalligraf.com

Maquetación

Jaime Vicente

Impresión

Gráficas Díaz Tuduri, SL

ISBN

978-84-942994-9-0

Depósito legal

GI-700-2015

© del texto

Dani Torrent

© de las ilustraciones

Dani Torrent

© de esta edición

Edicions Cal·lígraf, SL

*Queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización por escrito
de los titulares del copyright,
la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluyendo
la reprografía y el tratamiento
informático. Las infracciones
de estos derechos están
sometidas a las sanciones
establecidas en las leyes.*

La redacción

Anteayer el maestro nos volvió a poner deberes, y me temo que el asunto se está convirtiendo en una costumbre. Cada día, cuando llegamos a casa parece que estemos entrando en la escuela de nuevo. Abrimos la cartera, sacamos la libreta y, ¡venga!, a seguir haciendo Mates, Lengua, Naturales o lo que el profe haya tenido la ocurrencia de hacernos hacer. Por eso cuando hace dos días el maestro nos puso como deberes escribir una redacción sobre el trabajo de uno de nuestros padres, ni se me pasó por la cabeza que esa tarea nos llevaría a correr las aventuras que voy a contaros.

Habíamos tenido Lengua a primera hora de la mañana y ya nos habían cargado de trabajo,



pero ya se sabe, cuando suena la sirena del recreo nos olvidamos de todo y salimos corriendo con un ímpetu y una felicidad que cualquiera diría que es la primera vez en la vida que vemos un patio. Entre empujones y codazos conseguimos salir todos por la puerta —¿a nadie se le ha ocurrido hacerlas un poco más anchas?— y una vez fuera allí nos reunimos mis tres mejores amigos y yo, los cuatro jinetes de «la Poca Lipsis», o algo así, que es como nos llama el maestro cada vez que intentamos resolver uno de nuestros casos. Y es que nosotros, los de «la Poca Lipsis», somos detectives.

—Bueno, colegas —dijo mi amiga Yoli—, el caso no se presenta demasiado complicado. Todos sabemos qué trabajo hacen nuestros padres, ¿verdad?

Todos nos acariciábamos la barbilla y poníamos cara de detectives concentrados.

—Mi mamá es secretaria y se pasa el día ayudando a un pobre señor que creo que no sabe ni sumar ni llamar por teléfono. Y mi padre, que ya no vive con nosotros, es transportista. A veces me viene a buscar con el camión. Desde allí arriba, los otros coches parecen cucarachas. Yo escribiré la redacción sobre mi padre, ¡porque el suyo es el trabajo más importante del mundo! Hace que todo llegue a su sitio, y si no fuera por él no tendríamos ni fruta, ni zapatos ni estas chuches tan ricas, ¡que las hacen en el quinto pino! Yo cuando sea mayor, aparte de detective, seré camionera.



Rashid nos dijo que sus padres, los dos, trabajan en un hospital, y que hacen que la gente se cure. Si no fuera por ellos todo el mundo estaría siempre enfermo y ni el padre de Yoli ni nadie podría llevar nada a ninguna parte.



—Con todos los respetos, detective Yoli, el trabajo de mis padres es el más importante —dijo—. Yo cuando sea mayor seré imédico y detective!

—O sea, ino me puedo creer lo que estoy oyendo! —dijo Piluca con su voz nasal—. El trabajo de mis padres ies el más importante de todos! Ellos tienen una boutique, que es como una tienda de ropa pero para gente súuuuper fina. Y si no fuera por ellos todos irían vestidos como unos horteras. Pero yo cuando sea mayor seré algo aún más importante... ¡Seré modelo!



Porque son guapas y famosas... Y detective, claro.

Yo les escuchaba sin decir nada. Y es que, aunque es cierto que mi padre es cocinero y todos sabemos lo importantes que son, mi madre es abogada y no acabo de saber muy bien qué hace. Va siempre arriba y abajo con un maletín lleno de papeles que no deja leer a nadie. Todo un poco raro. ¿Cómo podía saber yo si quería ser abogado? ¿Sería el único que de mayor ha-



ría sólo de detective? Así que me dirigí al grupo de la siguiente manera:

—Queridos compañeros de la Poca Lipsis, el verdadero misterio que se nos presenta, el caso que debemos resolver, no es saber qué hace un transportista, un médico o un vendedor de ropa pija (con perdón). Mi madre, esa señora que vive conmigo, que me prepara el desayuno y me peina cada mañana, ¡esa mujer es el verdadero misterio!

—¡Claro que sí! Una madre muy sospechosa —dijo Yoli—. Yo no me fío de los abogados. Hicieron que mis padres se separaran. Sólo quieren liarte y sacarte los cuartos. Es lo que siempre dice mi padre.

—Pero, ¿tú no ves la tele, o qué? —respondió Rashid—. ¡Hay abogados que son muy listos y meten en la cárcel a los malos y salvan a los buenos!

—¡Y son taaaan elegantes! —dijo Piluca—. Sé abogado, plis. —Y sonrió enseñándome todos los dientes, como hacen las modelos.

—¿Por qué no sé nada de su trabajo? —me preguntaba yo—. ¿Por qué pasa tanto tiempo fuera de casa? ¿No esconderá algo en su maletín negro?

Rashid sacó de su bolsillo una pequeña libreta y, mientras tomaba notas, mascullaba: interesante, detective Ramón, tenemos un caso interesante...

No nos podemos quedar con los brazos cruzados —dije—. Esta noche mi padre estará trabajando en el restaurante y yo me quedaré en casa con mi madre. Será el momento ideal para que le saque toda la información que pueda.

—Muy bien, detective Ramón —dijo Yoli— pero, cuidado, que no sospeche nada.

Ya teníamos un plan, que es lo que hace falta siempre para resolver un caso. Sonó el timbre que anunciaba el fin del recreo. Antes de volver a clase gritamos nuestro lema: «¿Quién tiene menos Lipsis que nosotros?», preguntó Rashid. Y todos respondimos: «¡Nadie!».



Ya entrando en clase, como cada día y para endulzar las horas de duro trabajo que aún nos quedaban, Yoli sacó unas golosinas y nos las repartió.

—Saboreadlas bien, ¡son las últimas! —y guardando un minuto de silencio por la tienda de caramelos que acababa de cerrar y masticando como camellos, fuimos entrando en clase.

Aquel día creo que no me enteré de mucho más de lo que hicimos en clase, algo sobre ríos o sobre reyes, creo, aunque tal vez hicimos matemáticas... El caso es que no podía quitarme de la cabeza el misterioso maletín negro de mamá, esa desconocida, cada vez más rodeada de interrogantes. ¿Y si Yoli tenía razón? ¿Y si mamá escondía algo serio?

